

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

PUBLICACIONES DE LA SECCIÓN DE ESTUDIOS AMERICANISTAS

SERIE PRIMERA, NÚMERO VI



LA POESÍA DE AMADO NERVO

POR EL

PROFESOR A. TORRE RUIZ



TALLERES TIPOGRÁFICOS

«CUESTA»

MACÍAS PICAVERA, 38 Y 40



T.544.747

R
17304

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

PUBLICACIONES DE LA SECCIÓN DE ESTUDIOS AMERICANISTAS

SERIE PRIMERA, NÚMERO VI

✻ ✻ ✻

LA POESÍA DE AMADO NERVO

POR EL

PROFESOR A. TORRE RUIZ



La Rioja

Cultura, Turismo,
Deporte y Juventud

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

TALLERES TIPOGRÁFICOS

«CUESTA»

MACÍAS PICAVEA, 38 Y 40

12.363.479

LA POESIA
E AMADO NERVO

CHITARRA E VOCE

La Poesía de Amado Nervo

Permitidme que antes de abordar el tema de mi Conferencia «La Poesía de Amado Nervo», os diga unas palabras liminares que tienden a explicar mi colaboración en este *Curso de Estudios Americanistas* y a fijar los propósitos de ella para ahora y para lo porvenir.

Os puedo asegurar que mi intervención fué para mí más que una decisión reflexivamente tomada, un movimiento sentimental.

Creía y creo que si nuestros esfuerzos perseveran y vuestra atención sigue asistiéndonos, estos *Cursos* pueden llegar a ser uno de los medios más eficaces para procurar el acercamiento espiritual de España y de las Repúblicas Hispanoamericanas, idea augusta, preñada de esperanzas, que en nuestro país, y creo que en América también, se ha convertido con frecuencia en tópico y estribillo literario.

Pero yo no me he dedicado con perseverancia e intensidad de especialista a estudios de Literatura americana, ni, en general, a estudios americanistas. Os lo digo sin falsa modestia. Sería ello pueril hablando como hablo entre amigos a quienes conozco y que de largo tiempo me conocen.

Si estos *Cursos*, nacidos de una feliz iniciativa del profesor Gay y que han convertido en éxito rotundo la ayuda entusiasta de nuestro Rector, el saber de mis compañeros y vuestra asidua asistencia, tan alentadora, hubieran de ser únicamente obra magistral, colaboración de unos profesores españoles a la cultura y a la ciencia de las Repúblicas Americanas, mi discreción y el elemental conocimiento de mis recursos me hubieran vedado colaborar en ellos.

Creo, por el contrario, que en esta labor universitaria cabe, junto a la obra de los especialistas, la de aquellos oscuros y bien intencionados amantes de la América española que enderezan sus esfuerzos a suscitar entre sus compatriotas la curiosidad por conocer la Ciencia y la Literatura de nuestros hermanos de allende el mar.

Conste, pues, que esta Conferencia mía y las que en cursos sucesivos han de seguir, son conferencias explicadas a españoles. Conferencias de iniciación sin otros propósitos ni ambiciones.

Si consigo con ellas despertar la curiosidad de un pequeño círculo de compatriotas por la Literatura—tan rica, tan varia y entre nosotros tan mal conocida—de las Repúblicas de habla española, habré conseguido un fin que acaso esté muy por encima de mis escasos medios, pero que, todo lo grande que es, no sobrepasa ni a mi buena voluntad, ni al entusiasmo con que emprendo mi labor.

El cuadro general de la Literatura mejicana al acabar el siglo xix, en los años que van de 1885 a 1900, no se diferencia mucho del cuadro general que ofrece en igual tiempo y período la Literatura de nuestro país.

Teníamos nosotros dos patriarcas supervivientes de otra edad que habían cerrado ya el ciclo laborioso de sus obras, y que gozaban indiscutidos de su fama: Campoamor y Núñez de Arce.

Tenían los mejicanos otros dos patriarcas de las letras a quienes el pueblo concedía de buena voluntad los laureles del poeta y los laureles del ciudadano, ya que uno y otro habían unido su nombre y su esfuerzo a la libertad y la gloria de su país: Ignacio M. Altamirano y Guillermo Prieto.

La figura simpática y amable de Juan de Dios Peza, el cantor de la familia y de las tranquilas veladas del hogar, puede, en ciertos aspectos, compararse a nuestro Manuel del Palacio, a quien, como sabéis, la musa enrabada de *Clarín* valoraba, con injusticia, en cincuenta céntimos de peseta.

En torno a estas figuras eminentes un gran número de más modestos liróforos repetía, con acento más o menos personal, los cantos de una lírica que «había hecho su camino» y que iba muy pronto a ser sustituida por otras escuelas, otras orientaciones y otros gustos muy diferentes.

Permitidme que recuerde, entre otros poetas de esta época, a Enrique Fernández Granados, Rafael Gómez, Justo P. González, *Ipandro Acaico* (seudónimo de Ignacio Montes de Oca, excelente traductor de poesías griegas y latinas), José López Portillo y Rojas, Laura Méndez de Cuenca, Manuel José Othon, Vicente Riva Palacio y Rafael de Zayas.

Así como en España en los últimos años del siglo xix y en los primeros del que ahora corre, la influencia de la moderna lírica francesa—digo moderna, a la que sucedió en Francia a los románticos—se nos entró por los Pirineos con aires de renovación cambiando gustos, arrinconando estilos, destruyendo reputaciones, levantando

nuevos iconos y no dejando, como suele decirse, tífere con cabeza, así en Méjico una falange de poetas mozos arremetió contra los viejos vates y puso en moda las mismas tendencias y autores que entre nosotros por entonces empezaban a privar.

Acaso los poetas nuevos de aquí y los de allí fueron injustos con los antiguos hombres a quienes sucedían, que es achaque de toda revolución política o literaria pecar por exceso en la hora de combate, pero es cierto que la lírica de los últimos años del siglo xix necesitaba una transfusión de sangre nueva y que los poetas que aquí llamó la gente, con término general y vago, *modernistas*, dieron a la poesía de habla española nuevos temas, nuevas formas, nuevas orientaciones y un sentimiento de sobriedad y de mesura que, sin ofender a nadie, le estaba haciendo mucha falta.

Entre estos poetas renovadores puedo recordar ahora a Salvador Díaz Mirón, a Luis G. Urbina, a Francisco A. de Icaza y a Amado Nervo (1).

(1) Amado Nervo nació en Tepic (Estado de Nari, Méjico), ciudad de la costa del Pacífico, el 24 de agosto de 1870. Estudió en el seminario de Sacona, vecino a la ciudad de Zamora (Estado de Michoacan).

En 1894 se dió a conocer en la prensa de la ciudad de Méjico. Vivió algún tiempo en París. En 1905 ingresó en la carrera diplomática. Desde entonces hasta 1918 vivió en Madrid. Llamado por su Gobierno, pasó como ministro a la Argentina y al Uruguay. Murió en Montevideo el 24 de mayo de 1919.

He aquí la lista de sus obras, tomada del tomo primero de las de *Obras Completas*, publicadas por la «Biblioteca Nueva». Madrid. Colofón: «Se acabó de imprimir este libro en Madrid, en la imprenta de Juan Pueyo, el día X de marzo del año MCMXX».

El Bachiller (novela). México. Tip. de *El Nacional*. 1896.

Perlas Negras (verso). México. Imprenta Escalante. 1898.

Origéne (traducción francesa de *El Bachiller*). París. Sanier. 1901.

Poemas. Bauret. 1901.

El Éxodo y las Flores del Camino (verso y prosa). México. Oficina Impresora de Estampillas. 1902.

Lira Heroica (versos). México. Oficina Impresora de Estampillas. 1902.

Perlas Negras. Místicas. Las Voces. París. Bouret, 1904.

Otras vidas (comprende cinco novelas cortas). Barcelona. Guinart y Pujolau.

Los Jardines interiores (versos). México. Díaz de León. 1905.

Almas que pasan (prosas). Madrid. *Revista de Archivos*. 1908.

Lecturas mexicanas. Dos volúmenes. (Antología con notas de Nervo). 1906-1909.

En Voz Baja. La sombra del ala. Un libro amable. Del «Exodo y las Flores del camino» (versos). París. Ollendorff. 1909.

Juana de Asbaje. Madrid. Hernández. 1910.

De este último es de quien quiero hablaros, por sernos más conocido ya que pasó entre nosotros, aquí en España, una gran parte de su vida y por ser entre todos aquel cuya obra más íntimamente me complace. Sin que, naturalmente, esta preferencia personal sea, ni quiera ser, una valoración peyorativa de los demás.

Un nombre hay entre los poetas mejicanos de este período que no hago más que citar aquí porque me propongo dedicarle en otra ocasión la atención y el cuidado que merece: me refiero a Manuel Gutiérrez Nájera, una de las figuras más simpáticas de la literatura mejicana *fini-secular* que lo mismo en sus versos, que en sus narraciones, que en su crítica de arte, dejó huella bien clara de su agilidad espiritual, su delicadeza y su puro y exquisito gusto.

Hablemos ahora de Amado Nervo.

Ellos... (prosas). París. Ollendorff. 1912.

Mis filosofías (prosas). París. Ollendorff. 1912.

Serenidad (versos). Madrid. Renacimiento. 1914.

El Diablo desinteresado (cuatro novelas cortas). Madrid. 1916-1918.

Elevación (versos). Madrid. 1917.

Plenitud (prosas). Madrid. Tip. Artística «Cervantes». 1918.

El Estanque de los Lotos (versos). Buenos Aires. A Mercatali. 1919.

La edición de *Obras Completas*, a que aludimos al principio de esta nota, comprende XXII volúmenes, hasta ahora (abril 1924).

II

Una vez escribió el hombre de quien quiero hablaros: «Sin humildad no se puede ser gran poeta, porque el alma íntima y radiante de las cosas no se comunica más que a los humildes».

¡Gran decir este, en que Amado Nervo se nos muestra! La humildad, como un lucero lejano, reflejándose en el fondo de su alma. Y a veces un leve temblor en la superficie. Humildad ante la vida, porque todo lo que vive sufre; humildad ante el amor, que es anhelo de eternidad; humildad ante el misterio, sombra gigante más allá del círculo pequeñito que alumbra nuestra senda; humildad ante la muerte, la palabra irremediable y última.

El vivir recoleto del poeta en sus últimos años fué un silencioso laborar con frutos de bendición, un cultivar su jardín, en el que se abrían sus flores blancas y sus flores rojas. No muchas, cierto, pero tan henchidas de savia, tan ricas de perfume, que ellas bastan para aromatizar toda su vida y toda su obra. Y así, el que se acerca con devoción a los versos del poeta queda unido de su poesía y purificado por ella.

Poesía esencial es la de Amado Nervo, harina de flor, palabra de un alma selecta y solitaria para oída por almas solitarias y selectas. Su acento trémulo pasó y pasará siempre inadvertido en el ágora y en el tumulto. Poesía para dicha en voz baja y en recato. De ella ha escrito nuestro gran don Miguel de Unamuno: «En voz baja de uno a otro, dejándola caer del oído al corazón. La voz alta, la voz pública, es para hablar a las muchedumbres en el mercado o en la asamblea, pregonando géneros de comercio o pregonando ideas, ideas de comercio también. Pero lo lírico, lo verdaderamente lírico, lo íntimo, lo personal, lo que es de cada uno y no de todos, esto en voz baja. En voz baja, como nos da Amado Nervo el alma de su alma».

En voz baja. Así se titula el libro para el cual Unamuno escribió esta glosa, llena de unción y emoción.

Toda la obra del poeta podría titularse así. Toda la obra del poeta es para dicha a media voz.

Y, en verdad, a media voz es como se dicen en la vida las pocas cosas que en la vida merecen decirse. A media voz, y apoyada la

cabeza en el regazo maternal, confesamos nuestra primera falta; a media voz confiamos al amigo las ilusiones locas de nuestra mocedad; a media voz, y temblorosamente, decimos nuestro amor a una mujer; a media voz, en el recato de la alcoba, nos dice la Elegida que va a nacernos un hijo de nuestra alma, y en las horas de angustia y de fatiga a media voz se dirige cada uno a su Dios pidiéndole consuelo y fortaleza.

La poesía de Amado Nervo, tan varia por sus asuntos, por su técnica, por los ambientes que retrata y por las influencias que revela, es, sin embargo, *una* por este tono confidencial y amable, que en toda ella tiembla de emoción, y no sólo es *una* por este tono de recato y de cordialidad, lo es también por el sentimiento de la medida; un sentimiento transparente, mediterráneo, lejos de todo barroquismo y de toda pirueta extravagante. Acaso otros poetas de América, que en tal o cual aspecto le aventajaban mucho, no supieron siempre, en su férvido impulso innovador, oír la voz prudente de la medida.

Unidad da también a la poesía de Amado Nervo lo íntimo y lo sincero de su canto. El nauta navegó por muchos mares y muchos y contrarios vientos impulsaron su barca pequeña y primorosa. Pero la voz del poeta sonaba siempre de acuerdo consigo, y porque decía siempre su sentir, la podemos reconocer entre todas, aunque no fuese muy potente.

El poeta quiso dar a su obra la ágil curiosidad de su espíritu, y en la severa y rica fuente de nuestros clásicos y en la tumultuosa y múltiple de la moderna lírica francesa, bebió con avidez.

Había en ello un peligro. Seducida por el encanto de tantas voces, varias y dispersas, la poesía de Amado Nervo pudo hundirse en el revuelto mar de tantas escuelas, y aun de tantas livianas modas. Por fortuna, para él —y para la lírica castellana—, el poeta tenía personalidad, y así, en todos los matices de su canto, tan rico en ellos, triunfa una tónica propia y original.

Tenía, además, un corazón henchido de emoción y era sincero.

Emoción y sinceridad. Las dos virtudes cardinales de la lírica.

Toda poesía, y en términos generales todo arte, ha de tener un rico contenido emocional. Sólo el sentimiento mueve y hace fecunda la fantasía; sólo el sentimiento que desborda del corazón, como de un vaso lleno, engendra obras artísticas perdurables, obras que despiertan en nuestra alma atracción amorosa, porque son engendradas con amor, y el amor, el dios que da alas, como enseñaba Platón, es hijo de la belleza.

Estas afirmaciones, que valen como doctrina general del Arte, encuentran su mayor oportunidad y eficacia cuando se refieren a la poesía lírica. No que el sentimiento sea en ellas un factor indispensable, es que la poesía lírica es fundamentalmente sentimiento, y casi no es otra cosa. La poesía lírica conmueve por ello, y además, porque el poeta da forma y voz a nuestros propios afectos y emociones. Sus versos dicen con belleza lo que muchos seres humanos sintieron sin saberlo decir. En el encanto con que nos atraen las obras seculares, tiene, de seguro, gran parte la sorpresa halagadora que nos produce el encontrar en ellas expresadas las mismas pasiones tormentosas, los mismos anhelos inquietantes, las mismas desilusiones amargas que hoy, después de miles de años, sentimos palpar en nuestro propio corazón.

Cuanto más personal es el poeta, cuanto más hondamente entra en su espíritu, con tanto más vigor sacude las fibras vivas que yacen en el nuestro. Si su voz, al decirnos sus amores o sus exaltaciones religiosas o su inquietud ante el misterio, es apasionada y es sincera, llegará penetrante hasta nosotros y sabrá despertar el recuerdo—acaso mucho tiempo dormido—de nuestros antiguos sentimientos, inefables, porque no sabíamos expresarlos, pero que han encontrado cuerpo y vida en las estrofas del poeta.

Emoción y sinceridad, os dije, las dos virtudes cardinales de la poesía.

Expresar como propios sentimientos que no se tienen, es moralmente deshonesto, artísticamente ridículo.

Se pueden perdonar al poeta ciertos descuidos de forma—como ocurre muchas veces en Amado Nervo—, en cambio, cuando se quiere suplir la falta de emoción con refinamientos de estilo, el Arte es frío y amanerado, sus obras envejecen pronto y la impresión que producen es de redundancia y oquedad sonora.

La insinceridad en el Arte lleva además como consecuencia la impersonalidad. El que quiere expresar emociones que no siente, las toma prestadas y así nacen las modas literarias y las imitaciones. Todos los poetas cantan entonces las mismas cosas, las imágenes se repiten una vez y mil y se hacen lugar común. Hasta el léxico se empobrece, porque las mismas cosas son dichas por todos con las mismas palabras. Sólo el sentimiento que anida verdaderamente en el corazón es fecundo con fecundidad de imágenes y de expresiones felices.

III

Conocí, hace algunos años, en el revuelto mundillo de la Corte, feria de las mercancías más abigarradas y fauna de los más peregrinos ejemplares, cierto ingenioso hidalgo que pretendía haber descubierto una panacea para valorar obras de arte, cualesquiera que fueran su género, amplitud, densidad y volumen.

Era el artilugio sencillo y a la vez maravilloso—como suelen ser las obras geniales—, y consistía en descubrir con fino análisis las fuentes de que toda obra del ingenio humano procede y se nutre: Potencia creadora, sensibilidad, cultura, dominio de la técnica... *et sic de ceteris*. Hecho el análisis, se cuantificaba cada uno de los factores, se sumaban las valoraciones parciales, la suma se dividía por el número de factores y el cociente nos daba la expresión exacta, escueta y rotunda del valor estético de la obra. *La Divina Comedia* tendría, por ejemplo, una potencialidad de 42,51; el cuadro de *Las Lanzas*, 37,18, y un bonito tango propio para saraos y tertulias familiares, valdría, a los ojos del crítico, 13 con 14.

Ignoro si el ingenioso calculador llegó a dar a su invento la forma estricta y mecánica que de suyo pedía, y no sé si a estas horas anda por el mundo una máquina para hacer crítica, que de existir dejaría tamera a la que Stanley Jevons inventó para hacer silogismos.

No habiéndome podido proporcionar el prodigioso artefacto, tengo que prescindir de él—aunque no de hacer justicia a los desvelos de su autor—, y abandonado a mis flacas fuerzas he de examinar la obra de nuestro poeta, como lo hago, en aquellos aspectos singulares y característicos. Y ello con un criterio estrictamente cualitativo, mucho menos sencillo que la operación aritmética de marras, y, por añadidura, expuesto a equivocaciones y vaguedades para cualquier mortal; más para mí, que en esto de crítica literaria puedo decir que soy primerizo. •

Uno de los rasgos que más fuertemente ayudan a caracterizar el genio de un artista, y más determinadamente el de un poeta lírico, es su modo de sentir el amor.

El *eros*—decía en otra ocasión mi compañero y amigo Francisco Maldonado—es una de las pilastras en que se apoya toda la obra artística considerable.

Ello es verdad. Todo poeta es un gran amador, y el tono y el timbre con que resuenan las fibras de su corazón cuando el amor las hiere, rinden de un modo transparente la modalidad recóndita e insobornable de su espíritu.

De Bécquer dijo su primer biógrafo: «Pobre de fortuna y pobre de vida, ni la suerte le brindó nunca un momento de tranquilo bienestar, ni su propia materia la vigorosa energía de la salud. Cada escrito suyo representa una necesidad material o el pago de una receta. Las estrecheces del vivir y la vecindad de la muerte fueron el círculo de hierro en que aquel alma fecunda y elevada tuvo que estar aprisionada toda su vida». Así, Gustavo Adolfo, enfermizo, apremiado por las necesidades del vivir, amigo de la soledad y melancólico, tuvo que ser el poeta quejumbroso y doliente que todos admiramos en sus rimas de amor. Ellas nos dan lo mejor y más íntimo de su espíritu, y por ellas adivinaríamos—aunque ignorásemos las particularidades de su vida—que el hombre que así amó y se dolió del amor, tuvo que ser un alma tímida y sensible, hostigada largamente por el infortunio (1).

Otro ejemplo—para no multiplicarlos más—buscado en un «clima» literario absolutamente distinto es Paul Verlaine. Su alma contradictoria, atormentada y turbia, su exasperación sentimental hay que buscarlas en los libros de amor *La Bonne chanson*, *Amour*, *Chansons pour elle*, *Odes en son honneur*... En ellos está más que en ningún otro su corazón sangrante y palpitante, en ellos también el alarido de su carne mordida implacablemente por la loba lujuria.

El amor es en las obras de Amado Nervo «motivo» de muchas poesías.

Unas—y son las menos—comentan con acento leve y gracioso, un poco triste como es siempre el recuerdo, episodios sentimentales. Mujeres a nosotros desconocidas que dejaron en la memoria del poeta el temblor amable de una risa o de un perfume o de un largo

(1) La índole de su genio estaba, además, favorecida y exaltada por el ambiente romántico en que vivió, que hace de la literatura de la época un diluvio de lágrimas, no siempre sincero. De modo que si Bécquer se destaca de sus contemporáneos es, en gran parte, por su sensibilidad recatada y fina y por la sobriedad de su estilo, calidad poco frecuente en la literatura española de aquellos tiempos y en la de todos.

mirar. Son como flores cogidas en el camino y guardadas entre las páginas de un libro dilecto.

Un día, cuando al hojearlo volvemos a encontrarlas, marchitas ya y desvaídas, su aroma, apenas perceptible, tiene para nosotros, para nosotros solos, el poder de una punzante evocación.

Un valor anedótico, y no más, es en la obra del poeta el de estos recordatorios sentimentales.

El amor, no la aventura, que ha dictado a Amado Nervo numerosos versos y es, por su persistencia a lo largo de la obra, uno de sus matices más personales, se nos muestra no como realidad conseguida y gozada, sino como un anhelo siempre en tensión, como una aspiración del alma, difusa y sin embargo intensa y no olvidada. No es amor a una mujer sino amor a la mujer, amor de amar, deseo de lo más lejano y de lo más perfecto que, a quien lo siente, malogra el goce de toda posesión. Son, los que así aman, almas nacidas bajo el signo de la melancolía, condenados a vivir insatisfechos y a esperar, a esperar siempre y a descahecer en la espera.

Dice así el poeta:

Silenciosamente miraré tus ojos,
silenciosamente cogeré tus manos,
silenciosamente,
cuando el sol poniente
nos bañe en sus rojos
fuegos soberanos,
posaré mis labios en tu limpia frente
y nos besaremos como dos hermanos.
Ansío ternuras castas y cordiales
dulces e indulgentes rostros compasivos,
manos tibias... ¡tibias manos fraternales!
ojos claros... ¡claros ojos pensativos!
Ansío regazos que a entibiar empiecen
mis otoños; almas que con mi alma oren,
labios virginales que conmigo recen,
¡diáfanas pupilas que conmigo lloren!

El amor tiene siempre en nuestro poeta este tono confidencial y casto.

Una mano en que posar la mano para andar el camino de la vida
—tantas veces difícil— y un seno tibio para apoyar la frente en las

horas de fatiga y de desesperanza. Amor sin celos y sin exaltaciones locas, sin caricias intensas que de puro intensas hacen sufrir. Amor que sabe acariciar los cabellos con fugitivo temblor de aura, y sabe besar, sin apoyar apenas, en la frente y en los párpados.

Y no es sólo en los últimos años de su vida, en sus «otoños» como dice el poeta, cuando canta de esta manera pura y sosegada. En toda su obra *Eros* pasa entre la bruma del crepúsculo como una promesa.

¿Quién es? No se; a veces cruza
por mi senda, como el Hada
del Ensueño: siempre sola...
siempre muda... siempre pálida...
¿Su nombre? No lo conozco.
¿De dónde viene? ¿Do marcha?
Lo ignoro. Nos encontramos,
me mira un momento y pasa.
¡Siempre sola! ¡Siempre triste!
¡Siempre muda! ¡Siempre pálida!

Mujer: ha mucho que llevo
tu imagen dentro del alma.
Si las sombras que te cercan,
si los misterios que guardas
deben ser impenetrables
para todos ¡calla, calla!
¡Yo solo demando amores:
yo no te pregunto nada!

¿Buscas reposo y olvido?
yo también. El mundo cansa.
Partiremos lejos, lejos
de la gente, a tierra extraña;
y cual las aves que anidan
en las torres solitarias,
confiaremos a la sombra
nuestro amor y nuestras ansias.

Así dice el poeta en *Perlas negras* su libro de mocedad.

Sólo una vez, cuando la muerte le arrebató a la Elegida, madre de sus hijos, la voz del poeta se exaltó en el dolor. Y aun entonces su fe religiosa sabe templar su angustia.

Dios no ha de devolvértela porque llores!
mientras tu vas y vienes por la casa
vacía, mientras gimes,
la pobre está pudriéndose en su agujero:
¡ya todo es imposible!

¡Así llenaras veinte lacrimatorios
con la sal de tus ojos, así suspires
hasta luchar con ímpetu
con el viento que pasa destrozando
las flores de los jardines;
así solloces hasta herir la entraña
de la noche sublime,
nada obtendrás. La muerte no devuelve
sino cenizas a los tristes...
La pobre está pudriéndose en su agujero:
¡ya todo es imposible!

Dios lo ha querido... Inclina la cabeza,
¡humíllate! ¡humíllate!
y aguarda, recogido, en las tinieblas,
el beso de la Esfinge.

La sensualidad que tiñe con su tinta roja la poesía de otros poetas—y a veces de tal modo que lo que parece amor es grito de la carne insatisfecha—está ausente en la poesía de Amado Nervo. Ello es raro en quien como él hizo en París largas estadas porque la sensualidad exasperada, sobreaguda, y un poco triste en el fondo, está en el alma de París y difícilmente un poeta deja de sentir su caricia que parece frívola y sedefia y es—¡cuántas veces!—desgarradora y trágica.

Amado Nervo es un poeta casto, y si alguna vez asoma a su poesía el deseo, es con dejo y regusto de amargura. Los hombres de espíritu recatado y delicado tienen—como otros el vino—la lujuria triste.

IV

Proponiéndome dibujar lo mejor que pueda la figura literaria de Amado Nervo, es forzoso que os diga algunas palabras de su técnica. No muchas, porque el tema a vosotros sería árido, aunque a mí amable, y la ocasión, tal vez, propicia. Pero no estoy aquí para dar satisfacción a mi gusto.

Dejaría de ser Amado Nervo tan noble poeta como es sino hubiera tenido, junto a la imaginación jugosa y siempre nueva y a la emoción siempre viva, un respetuoso amor al Arte y a la forma del Arte.

Amar férvidamente la belleza, crear la obra echando en el crisol sangre y alma y vida nuestras, y dejar, a la hora dolorosa del alumbramiento que la obra surja contrahecha y ruín, por ignorancia o por pereza, me ha parecido siempre pecado de impudicia o fingimiento de amor no sentido, porque no sé de amor que no sea respetuoso. Y no sé cómo respetando nuestra obra —y al Arte en ella—, podamos, por flojedad del ánimo, entregarla claudicante y deforme a la risa de los demás.

Amado Nervo amó y respetó su obra.

En lo que va de siglo, pocos poetas de habla española habrán tenido más que él comprensión ancha, aptitud dócil y gusto fino para aceptar y prohiar toda novedad técnica y toda resurrección justificada. Acaso no exista en nuestra poética —espléndida y varia como pocas— un organismo rítmico o una combinación métrica que él no haya intentado y logrado con fortuna. Fuera de Rubén Darío, que en este aspecto es único, ningún poeta americano ha influido tanto como Nervo en la renovación formal de nuestra poesía (1). Él contribuyó a aclimatar en tierra española los distintos tipos del eneasílabo, cultivó finamente el decasílabo *asclepiadeo*, bien amado de viejo Juan de Dios Peza, sintió y logró la musicalidad del endecasílabo dactílico, resucitado por Rubén; conservó la gracia y la movilidad felina que

(1) La obra de Ricardo Jaimes Freire ha sido hasta hace pocos años casi desconocida entre nosotros, excepto para una pequeña minoría.

las *Prosas profanas* dieron al férreo dodecasílabo de Juan de Mena; ensayó, tal vez, el exótico verso de trece sílabas, que da, a quien lo persigue tenazmente y con finura, armonías insospechadas; extrajo todo el jugo, vario y sabroso, del alejandrino; tentó, discretamente siempre, la adaptación al castellano de algunos metros clásicos, y no hubo, en fin, gala con que no adornara sus versos, llenos de unción, ni joya recién sacada a luz que él no puliera y trabajara con amor perseverante, con buen gusto y con eficacia.

No alcanzó Amado Nervo la perfección de modo súbito y gracioso. Nadie la alcanza así.

Su labor depuradora puede seguirse fácilmente.

En los primeros libros ocurren defectos prosódicos, ya descubiertos por Menéndez y Pelayo en otros poetas de México. Defectos que acaso tengan su origen en el castellano usual y vivo hablado en aquella República. Así, encontráis en los *Poemas* (1901) palabras como *nostalgía*, *sabana*, *Heraclito*, *Aristofanes*, y otras, que a nuestro oído suenan extrañamente, y voces expresiones como *esqueletoso*, *cruz chueca*, *parvada de palomas*, *corneta* (en vez de *toca*), y otras muchas que no están admitidas en nuestro idioma o tienen en él sentido y acepción diferente. En uno de sus últimos libros, de forma tersa y precisa, encontráis aún que se llama al sol «astro hirsuto». Muchas y peregrinas cosas se han dicho del sol, pero que tuviera pelo «disperso y duro», que es lo que hirsuto significa, a nadie se le había ocurrido.

No son estos los lunares únicos que deslucen las obras juveniles del poeta. Más de una vez arrugan nuestro gesto versos retorcidos, antigramaticales y ripiosos. Tales estos, que quiero citar, sin apoyar en ellos demasiado:

Poniendo a la charla cotos
remendad mi malla trunca.
—Amigo, los sueños rotos
ya no se remiendan nunca.

que recuerdan, por su estructura, aquellos otros de nuestro Echegaray:

¡Cerraduras de las puertas
que os abris en las paredes!...
¿Por qué me miran ustedes
con esas bocas abiertas?

Finalmente, para no proseguir esta tarea, poco grata, de señalar defectos, uno hay que perduró en la obra del poeta: el prosaísmo. Al genio peculiar de Amado Nervo, confidencial y púdico, convenía una expresión humilde y clara, que él logra muchas veces de modo insuperable, pero otras, la expresión se le desmaya y decae, hasta dar en trivialidad y campechanía, que el delicado oído de la Musa no puede percibir sin reproche.

Para no citar más que un ejemplo. En el libro *Serenidad* (1914) que contiene poesías de gran perfección técnica, encontramos renglones como los siguientes, que sólo son versos porque tienen «las silavas cunztadas», como diría el buen viejo Berceo:

El pájaro tiene nido
cubil el raposo halló
y tu *en cambio vas expuesto*
a la intemperie, al horror
de las noches congeladas
a tanto abandono...

Yo
no valgo dos cuartos, Cristo,
mi corazon (tu mejor
que nadie lo sabe) tiene
poco espacio y poco sol,
pero que le hemos de hacer
si en esta comarca no
hay otro..., etc.

Prosa rimada. Y aun prosa más a propósito para dicha al capiscol del Templo que a Cristo desamparado de los hombres.

¿Qué quiere esto decir? Que el poeta tuvo que luchar con su inexperiencia de mozo antes de que el estudio y el amor a su arte le dieran un día como premio el dominio gozoso de la forma. Quiere decir que a las dotes ingénitas y no aprendidas, Amado Nervo unió la perseverancia y el trabajo, sin los cuales ninguna obra alcanza plenitud.

Afirmar que la perfección no es don logrado por arte de encantamiento sino por arte de constancia y de labor, no es censura, sino reconocimiento de un mérito y galardón merecido.

En lo que de un modo particular dice relación con el idioma, el trabajo de Amado Nervo fué duro y perseverante. Su prolongada

estancia entre nosotros y el estudio cotidiano de nuestros clásicos y de nuestro idioma vivo, diéronle la posesión sosegada y perfecta que fluye en los versos de *Elevación*, el libro de que he de hablaros en seguida.

No sólo porque al asunto se refieren, no sólo porque en ellos desborda un fuerte amor a nuestro noble y rico castellano, sino porque encierran una lección y avisan un peligro, quiero copiar aquí algunas palabras del poeta:

«¡Cómo quisiéramos creer que en nuestro joven continente la lengua castellana siga siendo la dominadora! Desgraciadamente influencias enormes pesan sobre ella; su unidad es muy difícil dada la inmensa extensión de nuestras comarcas y las débiles comunicaciones que éstas mantienen entre sí, y otra profecía desconsoladora que el ilustre Cuervo estampa en su gramática, nos dice que es inminente el desmoronamiento del castellano en dialectos diversos. ¿De hecho no es ya un dialecto lo que se habla en la Argentina? ¿Y no va para tal la lengua que se habla en Chile? Dos corrientes formidables, la sajona y la indígena, aportan de continuo vocablos que dan al traste con la elegante pureza del viejo idioma. Los literatos, los modernos sobre todo, hemos extraído del Diccionario y de los viejos libros cuanta belleza hemos encontrado, oponiendo a un criollismo de mal gusto y a una angliparla desastrada, verdaderos antemurales de piedras preciosas: todos los que ocultaban las arcas del castellano. Pero nuestra labor va siendo impotente contra el alud, porque luchan en desigualdad de condiciones. Un ferrocarril a través de nuestras tierras latinas y merced a él un vigoroso intercambio intelectual, salvarían nuestra lengua de esa terrible amenaza de desmoronamiento en patuás feos e incultos. También sería gran aliada la baratura del libro. De otra suerte, dentro de poco, un mexicano ni entenderá a nadie ni se hará entender en el Perú, ni un peruano en Chile, ni un chileno en Buenos Aires, y tendremos que traducirles además a nuestros hijos, no sólo el *Quijote*, sino nuestros propios libros de fines del siglo xix y principios del siglo xx».

V

Antes de hablaros de la inspiración religiosa que hinche y vivifica los más íntimos y más jugosos y más cordiales versos del poeta, dejadme que os diga unas palabras de los breves y musicales caprichos líricos que el poeta esparció en su obra como un disperso enjambre de mariposas de cristal.

Son juegos de la imaginación, leves decires ingeniosos sin profundidad y casi sin sentido como el alegre borbotar de una fontana. No los desdeñéis por eso. Si el Arte es—y así lo creen muchos—un romper el engranaje estricto y lógico del pensar para que sentimientos y potencias vuelen ligeros y sin propósito como el aura y los pájaros, si el Arte es un dejar sentimientos y potencias en juego libre para consuelo y reposo del alma, entonces estos caprichos líricos tomarán súbitamente, a nuestros ojos, una plena significación estética.

Sin discutir si el Arte es eso u otra cosa—*non est is locus*—, un ancho espíritu de comprensión acoge estas livianas obras fugitivas como un reposo en el cantar dolorido, como un mirar sereno entre dos horas sombrías del poeta, y también—¿por qué no?—como una faceta insospechada de su espíritu múltiple.

Oíd uno de estos caprichos:

Tan rubia es la niña que,
cuando hay sol, no se la ve.

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosas, y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
a la ventana, y colora
la aurora su tez lozana
de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes de salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye y, si sale el sol,
por rubia, no se la ve.

Oíd ahora este «Poema caligráfico», muy conocido:

Tu escribes y yo pienso
y tus caligrafías me dan raros
pensamientos:

Tus *ies* tienen risa,
y tus *equis* se enroscan como garfios
o fingen un connubio de culebras
o la cruz chueca y negra del penado.

Mientras tus epicúreas *pes* ostentan
sus panzas de sochantres, y los trazos
de las *eses* flexibles se dirían
liras rotas, tus *bes* son senos blandos,
negros senos de nubria
para bien refrasar...

¡*Hache!* sus santos
lineamientos recuerdan la fachada
de *Notre-Dame*, y son, por un arcano,
el pórtico del nombre
de Hugo, Víctor viviente del milagro.

¡Cómo juega tu pluma con las *oes!*
se antoja que es el pico de algún pájaro
que cata pomas en sazón. Qué finos
son los arcos
de tus *emes*, extrañas galerías
para una *I* coronada de Imperator.

Escribe, escribe...

Traza estas tres centellas: *¡yo te amo!*
y subráyalas luego con un beso...
¡oh la caligrafía de tus labios!

Esta poesía, puro juego del ingenio, ha de ser frágil, graciosa, musical y punzante, como una abeja.

Ha de ser, además, clara y ligera. Su facilidad, sólo aparente, tiene que salvar muchos escollos: el alambicamiento, la sutileza excesiva, la extravagancia, el diletantismo de la forma...

Y sobre todo la pesadez. Un poeta pesado y sin agilidad de espíritu, que quiere hacernos gracia, es lo que más se parece en este mundo a un hipopótamo que baila.

El buen gusto y el sentido de la medida, que son—ya os lo dije—dos rasgos permanentes de la fisonomía espiritual de Amado Nervo, le libran de todas estas asechanzas.

Muchos de sus caprichos líricos, como los que acabo de leeros y otros que os leeré el próximo día, son exquisitos y perfectos.

VI

Hay poetas cuyas obras de mocedad son una serie de esfuerzos malogrados para encontrar el camino y la luz. La influencia no contrarrestada de un maestro famoso o el halago fácil de la moda o las amables sugerencias de una lectura varia, hacen que el poeta, en vez de oír la voz íntima, que más o menos fuertemente habla en su espíritu, corra embaído detrás de las ajenas voces, hasta que un día la soledad y la reflexión, o el dolor agudo y no fingido que viene a herirle en la mitad del pecho, hacen que el poeta se encuentre y se ensimisme. Y es entonces cuando nos dice sus propios, verdaderos sentimientos y nos los dice con voz sincera y personal.

Otros poetas, en cambio, encuentran pronto su camino y su voz, y desde sus primeras obras saben decir, a quien tenga el oído un poco fino, lo que será su canto futuro. Sus versos de juventud guardan los gérmenes de los frutos maduros, y los pocos sentimientos elementales que hablan en los primeros versos de un modo balbuciente son los mismos que ahondados, fortalecidos y depurados por la vida, palparán poderosos en las plenas y perfectas obras del porvenir.

Amado Nervo es de estos poetas. Se ha dicho, y es verdad, que toda su obra está esbozada en sus primeros libros: «Poemas» impreso en París en 1901 y «Perlas negras» compuesto en los primeros años de juventud.

La melancolía, el amor concebido como un sentimiento sosegado y fraterno, la medida en el fondo y en la forma, todos los caracteres que he venido examinando, y la emoción religiosa de que ahora quiero hablaros, están en el rosal juvenil del poeta como capullos que un día han de darnos en lozana floración sus mejores obras.

Sabéis que Amado Nervo pasó los primeros años de su mocedad en un seminario provinciano. La vida le llevó después por otros derroteros pero la emoción religiosa que estaba en él y que su educación juvenil fortaleció, fué ya su compañera inseparable en todos los trances venturosos o adversos de su vida varia.

Esta persistencia de sus sentimientos religiosos es lo que hace que las obras místicas del poeta nos parezcan—al menos a mí—las más profundas, las más poderosas y las más bellas. Sólo los sentimientos que nos acompañan largo tiempo producen obras duraderas.

Hace algunos años escribí lo siguiente:

«Quisiera preveniros contra esa encantadora psicología de «Ultima Moda» y de «Museo de las Familias» según la cual los estados de conciencia se suceden vertiginosamente del modo más sencillo.

»¿Recordáis aquellas novelas deleitosas que leíamos durante las veladas del invierno, allá en la época no menos deleitosa de Latin segundo curso y de Geografía?

»*Al oír esto, el Conde se quedó blanco como la nieve, después, rojo de indignación, crispó los puños y exclamó verde de ira...*

»Y así seguía el Conde, cambiando de colores, como esas bailarinas de *cabaret* que reciben sucesivamente las varias luces de un reflector hábilmente disimulado.

»En estas novelas de inefable memoria, el amor era un flechazo, el odio nacía súbito, la melancolía inundaba el alma de repente y todas las pasiones desfilaban raudas por el corazón del protagonista en el breve espacio de un capítulo.

»Todo ello es caprichoso y falso. Un concepto preciso y bien determinado exige un largo proceso discursivo de abstracción de análisis, de diferenciación, de reflexión ordenadora.

»Un sentimiento, entiéndase un sentimiento superior, no es más sencillo ni más rápido en su formación psicológica. Cuando una emoción irrumpe todopoderosa en la conciencia, tiene ya una larga vida en la esfera penumbrosa del espíritu, donde una multitud de sentimientos elementales se cruzan, se modifican y se refuerzan mutuamente.

»La pasión, mucho más complicada y más intensa, de génesis más larga, es sobre todo más persistente y en su enraigamiento llega hasta lo más recóndito. El viejo Kant la comparaba a un torrente que se hunde cada vez más en su lecho.

»Cada uno de nosotros se da cuenta de que por debajo de nuestras concepciones ideológicas que se completan y se complican y se alzan y se derrumban, hay una roca viva sentimental de larguísima formación que permanece inmóvil. De ahí es de donde toman nuestros sueños su ser y su substancia.

»Tened por seguro que para que un sentimiento sea fecundo y engendre una obra duradera, para que ponga en nuestros labios la

palabra lírica y corra por debajo de nuestros versos con plenitud de río, es necesario que haya vivido largamente con nosotros, que nos haya acariciado y torturado, que nos llene y desborde, porque la poesía nace de la abundancia del corazón.

»Los sentimientos fugitivos que dejan en nosotros las cosas con las que estuvimos en contacto un punto, producen también un arte, no lo niego, un arte femenino, ingenioso, que se queja con vocecita de niño enfermo, que piruetea como una marioneta, un arte blando, sentimental y flojo.

»¿Creéis que Calderón pudo escribir sus dramas y sus autos siendo otro de como fué, católico hasta el tuétano y católico a lo español del siglo xvii? ¡Y aquel otro, santo aunque no esté en los altares, aquel enorme Fray Luis de León, el hombre más naturalmente poeta que ha nacido de madre española, alma derretida de amor, corazón ingenuo, cuerpo dolorido, voz de mansedumbrel...

»Ya sé que se puede cantar, por ejemplo, la duda religiosa permaneciendo en el fondo creyente, creyente a la manera turbia y sin arrebatos de los espíritus mediocres, pero los versos serán redundantes y livianos como vejigas infladas.

»Sólo quien se ha dormido muchas noches meciendo la inquietud que no reposa y que pregunta siempre, sólo el que conoce la angustia de sentirse perdido en la senda ardiente y desolada, sabe encontrar la voz y lanzar el grito».

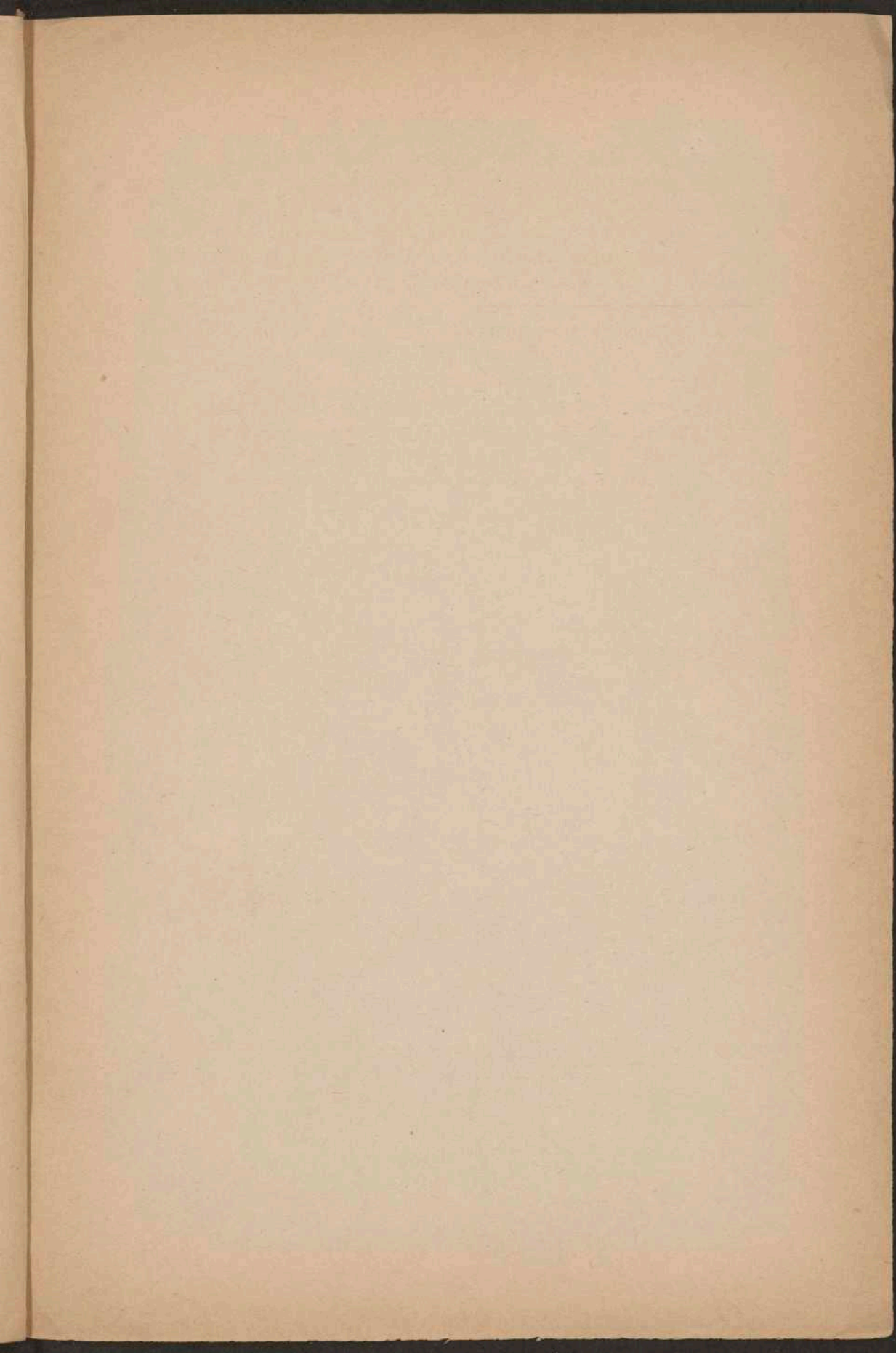
Los últimos años los pasó Amado Nervo en Madrid, haciendo vida oscura y recoleta. Los testimonios de admiración y afectuosa simpatía, llegábanle a su cuarto de trabajo como un rumor sin fuerza para arrastrarle de nuevo al tráfago de la Corte. De él y de todos se había retirado el poeta para siempre. Contemplaban sus ojos claros el soberbio paisaje del Guadarrama, allá en el fondo, y su alma, sosegada después de tantos años de fatiga, escuchaba en silencio la palabra de la «hermana muerte», que le hablaba muy de cerca, con voz cada vez más clara, y más insinuante, y más amorosa.

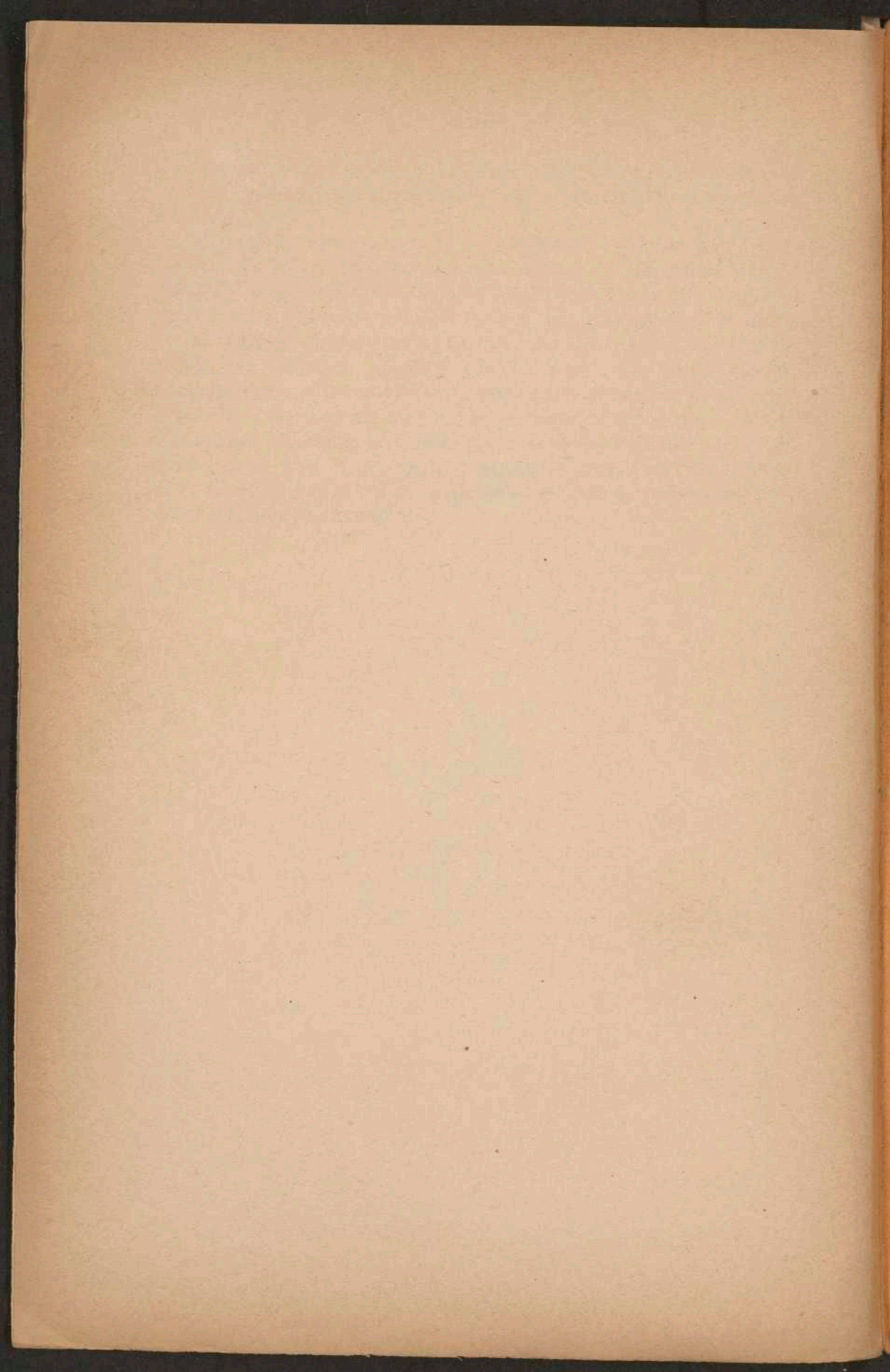
Su espíritu místico, que había dado a lo largo de la obra del poeta numerosos brotes, hizo «eclosión» en un libro —el último que publicó en España, dos años antes de morir—, que es un ánfora de arcilla casta, desbordante de humildad, de amor, de piedad perdonadora y de espíritu evangélico.

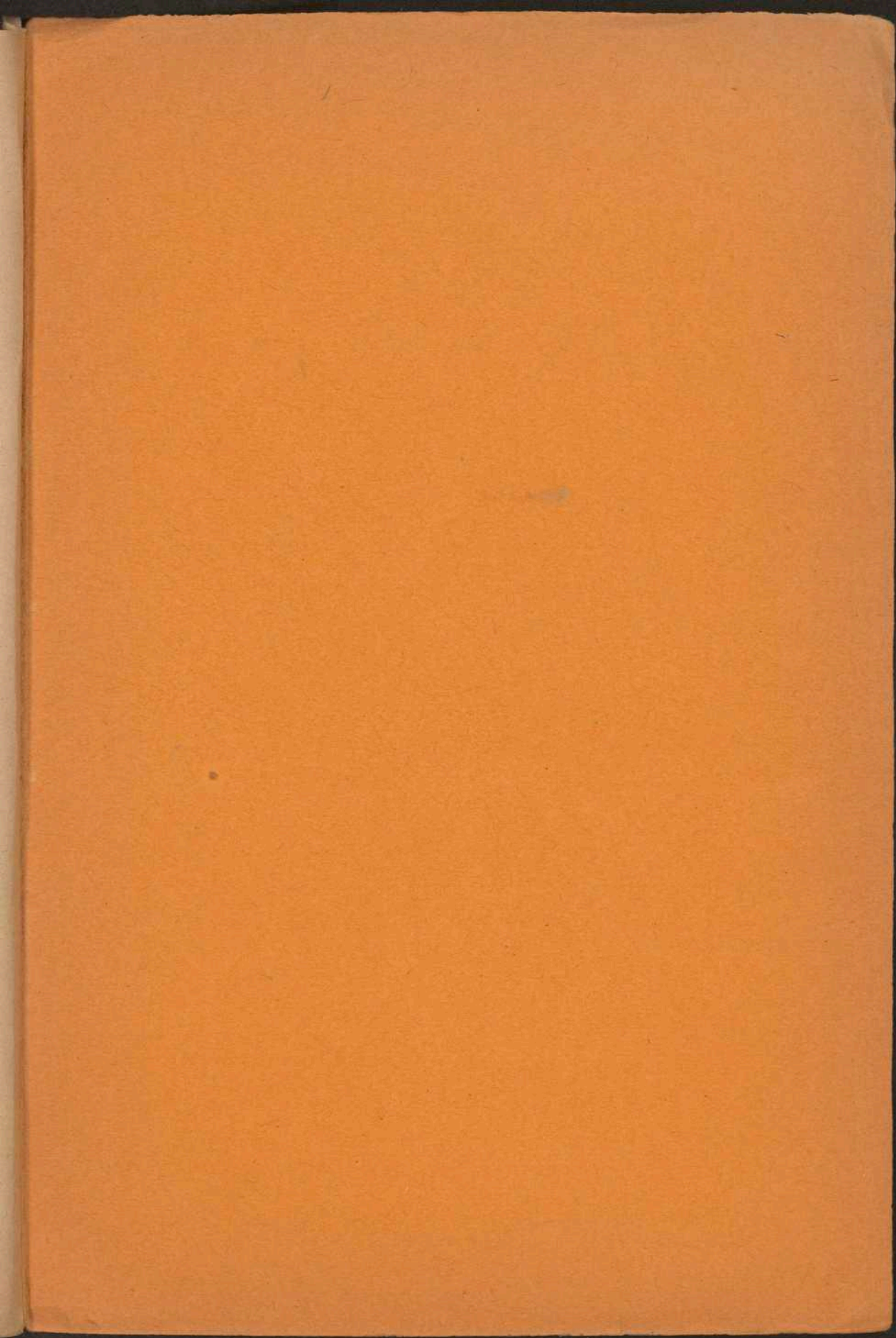
Místico lo había sido siempre Amado Nervo; pero cuando sintió la muerte próxima—y la muerte se le anunció al poeta largamente—, su alma exaltada se desasíó tan por completo del vivir cotidiano y de

las ansias y afanes del vivir cotidiano, que su poesía, mostrándose en pura desnudez, viene a nosotros como el prenuncio de un mundo diferente.

El poeta ha perdido la fe en las disputas de los hombres. Silencio ante el enigma y humildad ante la vida y ante la muerte; renunciamento y amor ante la Divinidad; simplicidad del alma y efusión ante la Naturaleza, eternamente nueva; bendiciones para el dolor, porque depura el alma y la impulsa en su vuelo infinito; bendiciones al mal, que suscita en nosotros la lucha y en la lucha nos templea; bendiciones para la rosa y bendiciones para la espina; bendiciones para la «hermana alondra», que nos despierta al nuevo día, y bendiciones para el «hermano lobo», que nos hiere. El último gesto del poeta ante la vida es una ancha y reposada cruz. Gesto de sembrador que esparce semilla para lo porvenir, o gesto de apóstol que bendice para toda la eternidad.







R
17304

Biblioteca de La Rioja



10000510808